

## Ésta no es mi noche

*Patricia Suárez*

Hola. Mi nombre es Cindy Ambrosetti. Trabajo en McDonald's hace diez años. Tengo veintinueve; voy a cumplir treinta el próximo enero. Fui empleada del mes catorce veces y en la casa de mis padres están colgados los catorce retratos míos; estoy en todos con la camisa a rayas rojas verticales; en los primeros muy sonriente porque en aquel tiempo no me importaba que se me vieran los fierritos de la ortodoncia. En los últimos ya no sonrío tanto. Mister Talcott, el jefe supremo, como le llamamos, dijo una vez que lo más importante en un empleado de McDonald's es la imagen, no el cuerpo; mientras que lo más importante a tener en cuenta en un cliente de McDonald's es el cuerpo y no la imagen; le vendemos hamburguesas hasta a los mendigos. Soy la empleada de mayor antigüedad junto con Priscila, que lleva aquí cinco años y medio. Mis compañeros me llaman "la anciana". Con Priscila nunca podremos saber si nos han tenido tanto tiempo empleadas porque somos eficientes o porque les damos pena y no se animan a ponernos en la calle. De todos modos, hace menos de un mes dí los exámenes para entrar en el Programa Fast Track de gerentes efectivos pero no coincido con el perfil buscado; antes de fin de año deberé retirarme. El perfil-buscado es una abstracción imponderable como Dios, el amor y la patria. Alguien me dijo que me presente de candidata para hacer de payaso Ronnie, porque los payasos melancólicos ahora tienen mayor éxito que los alegres. Eso no es propio del oficio de payaso, pienso yo, sería como un mozo de bar que atiende las mesas en silla de ruedas. Además yo no soy melancólica, solamente estoy triste. Okey, gracias.

Lo que más me gusta preparar en McDonald's es el postre. Tenemos conos de tres sabores y combinado de crema americana y chocolate. El sabor dulce de leche existe únicamente en Argentina. Un cono debe tener hasta diez centímetros de crema por sobre el borde del barquillo. Está probado científicamente que si fuera un poco más alto se caería; es algo así como la Ley de Newton en la gastronomía de nuestra empresa. Digo "nuestra" pero yo no tengo nada. También me gusta preparar el batido de crema y migas de galletitas Oreo; larga un olor muy dulce mientras la máquina lo revuelve; como a flor. Una vez pedí que me trasladaran al McDonald's de Helsinki o de Moscú, al menos para ver algo de este ancho mundo. Hay locales de McDonald's diseminados por toda la tierra: si todavía existiera la Legión Extranjera, también tendría un McDonald's. Con mi pedido de traslado sólo conseguí que me mandaran a un Automac sobre la autopista Panamericana. En Helsinki el McSwing de galletitas Oreo se llama McFlurry y no lleva galletitas sino jarabe de frutilla; en finés se dice Mansikkasuklaa. El que vendió la máquina de hacer batidos a los hermanos irlandeses McDonald

fue Ray Croc. Un tipo con un apellido como un graznido de cuervo. Eso ocurrió en 1954 en San Bernardino, California; más o menos, deduce Mister Talcott, por la época en que Irwin Berlin compuso “Navidad blanca”: tal vez hasta fueran vecinos uno del otro y ambos se sintieran embelesados en un sueño de nieve. Ray Croc puso la máquina y dijo: “Ninguno de nosotros es tan bueno como todos nosotros juntos”; esta frase es hoy un lema de la empresa. Aunque nadie se explica a quiénes se refería con “nosotros” cuando dijo “nosotros”. Él fue el que puso la consigna de que todos los empleados debemos responder con “okey, gracias”; es como el amén de nuestro trabajo. Hago turnos de diez horas, lo cual significa casi doble turno porque en principio me había propuesto ahorrar para alguna cosa que ya se me olvidó porque nunca logro ahorrar nada. Nuestros sueldos son tan magros como la Cheeseburger. Entre mi casa y el restaurante tengo cuarenta minutos de tren. En cuarenta minutos, los empleados de McDonald’s deben ser capaces de despachar 13,33 hamburguesas desde que se recibe el pedido hasta que se lo embucha el cliente. El 0,33 no sé bien cómo se trasluce. La gente se queja de que nuestras raciones son mínimas y Mister Talcott dice que esto es una infamia. Sin embargo, muchos de los que vienen aquí dicen que en Burger King la hamburguesa es más gorda y jugosa, y que los batidos de Wendy –allí se llaman Frisby- son enormes y muy superiores. Una vez pensé en postularme en Wendy y estuve tantos meses dándole vueltas a la idea en mi cabeza, que al fin Wendy se retiró de la Argentina porque no obtenía las ganancias deseadas. Luego le fueron con el chisme de que aquí somos pobres y escuálidos a otras cadenas de comida rápida como la Kentucky Fried Chicken, el Coffee Shop, Tim Horton’s y demás. Pusieron hace muy poco un Jarp Café pero el límite de edad de los empleados es 26. Okey, gracias.

Lo que se dice “novio” no tuve nunca y tampoco un amor verdadero. Chicos conozco por docenas y tuve romances con casi todos ellos, incluido el hermano de Priscila que es un tarado mental. A veces me pregunto qué estoy esperando todavía, porque la estadística está siempre en contra mía: después de los 30 años, dice, hay más probabilidades de que a una mujer le caiga un piano en la cabeza de que consiga un hombre como compañero. Espero que llegue un corazón extraño. Me gustan los jóvenes que vienen con trajes a rayas y camisas finas y huelen a perfumes sutiles, parecen ejecutivos de grandes empresas; pero luego resulta que son vendedores de teléfonos celulares o de juguetes de Taiwán abandonados en el puerto y rematados a mejor postor. A uno le compré una vez un cangrejo de plástico rojo que al darle cuerda camina de costado, y a otro un juego de maquillaje para niñas donde enseñaban cómo se maquillaban las cuatro divas de Disney: Blancanieves, la Cenicienta, la Bella Durmiente y Bella la de la Bella y la Bestia. Los polvos estaban húmedos. Okey, gracias.

Estoy en la fotografía de promoción donde los empleados formamos una gran M junto al Obelisco. Soy la sexta de la pata izquierda de la M. No se me ve el rostro; estoy parada allí como un soldado y en ese instante pensaba lo que piensan los soldados justo antes de ser enviados al campo de batalla: “¿Qué quedará de mis pies cuando esto acabe?” y “¿Quedarán mis pies?”

Míster Talcott tararea viejas canciones norteamericanas todo el día. Al comienzo las inventaba él mismo; tenía dos o tres de su invención y esperaba escribir unas doce para lanzar su propio disco solista. Él usaba el término “disco solista”. Esto no sucedió nunca. Aunque es un hombre que visto a cierta distancia y con benevolencia, no carece de atractivos, semeja más bien un garabato humano; tiene la cara cuadrada y la mandíbula recta y cuando mueve la boca parece que fuera un robot esforzándose en muecas increíbles para suspirar. Los robots no suspiran. Míster Talcott tampoco. Si el suspiro es la expresión física de un anhelo, en Míster Talcott es reemplazado por el bostezo. Bosteza dos o tres veces seguidas y luego se larga a tararear canciones como una fonola descompuesta y provista de caprichos propios; muchos son himnos del Templo Evangélico y otras son del mundo de los cowboys: “Oh, Susana”, “Clementine”, “Ka, Ka, Kathy” y “Dieciséis toneladas”. Esta última es casi la única que me gusta; su letra dice: “Nací un día en que no apareció el sol...” Míster Talcott no ha variado su repertorio en diez años y cuando alguien le pide con mucho respeto que cante otra cosa o por el amor de Dios se calle un poco, él responde: “Nosotros somos un país de canciones, no de arias”. Cuando él dice “nosotros” se refiere al pueblo norteamericano. Okey, gracias.

La Cajita Feliz es un producto que me gusta; debo confesar que a veces robo los juguetes que trae o pido los sobrantes o dañados y luego los pongo en fila india en la repisa de mi cuarto. Tengo casi todos los muñequitos, muchos de ellos fallados: a Betty Mármol, por ejemplo, le falta un ojo. Los cachorros de los ciento un dálmatas los regalé a mi sobrinita Brisa; es la hija de Paula, mi hermana, quien aunque es cuatro años menor que yo oficia dentro de mi familia de hermana mayor. Me gusta mi cuarto porque nadie entra en él: mi padre porque respeta mi intimidad, mi madre porque se escandaliza por el desorden y mi hermano Daniel porque es trotskista y no soporta la vista de mis discos, mis pósters ni mis animales de peluche. Una vez hasta me presentó un amigo suyo para salir; me pasó a buscar en un Ford muy viejo y destartalado. El chico no era un completo tarado mental, ni parecía muy feo, pero la verdad es que estaba muy oscuro y de todas maneras mi madre me recomendó que ya me dejara de una vez de hacerle ascos a cada pretendiente que se me presentaba. No sé bien a qué se refiere mi madre con “no hacerle ascos”. Me llevó a la parte oscura de un parque y estuvo hablándome de la frondosidad de los árboles y el tipo de fotosíntesis que llevan a cabo para vivir mientras tironeaba del bretel de mi corpiño

como si hubiera sido una honda. Él decía que quería ser guardaparques en el sur y se hallaba en esas semanas tramitando los papeles para el viaje. En ese instante pensé que todo lo de la botánica boscosa era un truco del chico para llevarme a las partes mas oscuras del parque y aprovecharse de mí. Utilizo esta expresión sin mayor exactitud. Luego del aprovechamiento, resultó que el Ford se rompió y hubo que empujarlo unas cinco cuabras a través del lodazal del parque y aunque toda esa noche a fin de cuentas tuvo su propia gracia, al final resultó que el chico verdaderamente se fue y se hizo guardaparques en el sur. Comenté todo esto a mi hermano en un instante de debilidad y haciéndole jurar discreción por sobre la vida de mis padres. Dije que seguramente su amigo no había podido creer en la facilidad de su buena suerte, mientras que para mí esa no había sido mi mejor noche. Mi hermano dijo que su amigo no creía en la suerte; no sólo porque no fuera supersticioso sino porque nadie con dos dedos de frente podría considerar a eso que había tenido conmigo una noche de suerte. También agregó que lo dejaba frío el asunto de los juramentos y si nuestros padres seguían vivos o no en caso de enterarse de lo acontecido. Okey, gracias.

La Encargada se llama Nora Enríquez, tiene veintiocho años y me trata de usted. Eso me pone bastante incómoda. Entró a McDonald's hace seis meses, directamente como Encargada porque estudió tecnicatura de empresas y aspira a gerenta. Tiene pasta para serlo. Cuando habla utiliza siempre el plural mayestático; en su reinado incluye a la empresa, supongo; Priscila dice que habla así porque es tonta. Mi padre cree que en los trabajos uno asciende por pura buena voluntad y servilismo, como le pasó a él en su juventud cuando trabajaba en el ferrocarril. Mi madre cree que soy díscola y por eso no lo logro; su amiga Edit, que es psicóloga, cuando yo tenía cuatro años diagnosticó que yo tenía una clara personalidad esquizofrénica. Mi madre está convencida de que soy esquizofrénica. Durante el curso de los últimos dos meses traté de imitar en todo a la Encargada. Movimientos precisos, rictus en la boca, ropa pulcra, almidonada; jamás confunde los botones que aprieta en la caja registradora; cuando come una hamburguesa lo hace mordiendo trozos mínimos, casi invisibles, como si ella fuera un canario. Cuando Míster Talcott apareció con que se sabía la canción "Hay humo en tus ojos" sospeché que estaban teniendo un romance. Digo "romance" porque no encuentro otra palabra mejor para denominarlo sin caer en la grosería. Luego comprendí que no; Priscila dice que la Encargada tiene el conducto vaginal cancelado. También deduje que era imposible que le cantara a ella "Hay humo en tus ojos"; porque esa mujer es sólida como un toro. Se aplicaría más a mí, que tengo humo en todas las partes del cuerpo, por dentro y por fuera y también hasta en el encéfalo y la médula espinal. A veces pienso que esto se debe al hecho de haber respirado tanta carne asándose en la plancha o a los vahos mortíferos que lanza la salsa ketchup cuando se le ha quedado a uno pegada a los dedos de la mano. Otras

veces pienso que es mi naturaleza y que un día me voy a desvanecer por completo sin dejar rastro y voy a ascender al cielo en cuerpo y alma como la asunción de la Virgen; con la diferencia que nadie decente vendrá luego a erigirme un altar y ponerme velas; solamente algún tarado mental, una noche de borrachos. Andar haciéndole favores a los tarados mentales es mi sino. Okey, gracias.

Hace cinco noches me acosté con Míster Talcott nada más que por bondad. No podría definir ahora exactamente esta palabra. Aunque también me gustaría que se elevara mi calificación para entrar de una vez por todas de gerente en McDonald's. En una serie que miro los lunes en la noche, la psicoanalista aconseja a su paciente que una mujer bonita debe utilizar el sexo en su propio beneficio. Si no los hombres la usan a una en su propio beneficio. Los lunes a la noche suelo estar muy deprimida. Tampoco sé si soy bonita; me siento demasiado cansada para examinarme a conciencia en el espejo. Paula, mi hermana, dice que lo soy como consuelo: obviamente ella es más bonita que yo; cuando éramos niñas la pretendían un montón de chicos, los mismos que a mí sólo pretendían robarme los útiles de colegio. La frase "utilizar el sexo" tiene un tufillo a prostitución; pero no podría yo a ponerme a juzgar qué es prostitución y qué no, cuando lo único que veo a mi alrededor es explotación, angustia y carne muerta en el asador. El martes en la noche fui a un hotel con Míster Talcott; él fue muy amable y cantó toda la velada; nunca he conocido a nadie que no parara de hablar tan sólo un minuto. Ese hombre tiene unos pulmones magníficos, es todo lo que puedo decir. Debería correr la maratón de San Silvestre. Lo haría cantando a viva voz. La esposa de Míster Talcott está en estos días en Baltimore con los cuatro chiquitos visitando a los abuelos; él no la ama pero no se divorciará jamás porque son católicos; van al Templo Bautista nada más que porque la empresa espera de ellos que sean evangélicos y no católicos, pero ellos en su fuero interno son más papistas que el Papa, dijo. No sé de quién hablaba cuando decía "ellos". Me invitó a dormir estas noches en su casa, ahora despoblada de familia, pero ya bastante me entraron ganas de cortarme las venas por pasar dos horas en un hotel con él, como para instalarme en su casa. Tal vez si tomara aspirinas o si me pusiera algodones en los oídos..., pero mejor no. Okey, gracias.

Cuando tengo un momento de paz, cierro los ojos y sueño. Me veo echada en una reposera, en el verde, junto a una gran piscina. Bajo la sombrilla hay una mesita con bebidas y tragos largos que me prepara un camarero: Alexanders y Tom Collins y todas esas cosas. A mi costado están tirados dos galgos afghanos del tamaño de unos potrillos. Tengo cuatro hijos que son educados por una institutriz inglesa. Tengo una secretaria de unos cuarenta años que a su vez tiene un secretario de unos veinticinco que estudia en la Universidad, está fascinado por mi obra y requiere de amores a

mi secretaria. Yo soy actriz, escritora, o diseñadora de modas; dudo verdaderamente que semejante fortuna la haya hecho como gerenta de McDonald's. Tengo una cocinera francesa y su ayudante es una mujer china enamorada en secreto de mí; yo lo sé pero no estoy del todo dispuesta a entregarle mi amor. Tengo un mayordomo que abre la puerta y un chófer negro: ambos usan guantes de cabritilla amarilla. No sé cómo mantengo a toda mi servidumbre y nos damos la buena vida. También tengo un marido, pero a él no logro verlo: es el único de los que están en mi sueño a quien no mantengo. Cuando oigo el pitido del tren, significa que mi padre acaba de llegar a la casa; es el último de todos nosotros en venir del trabajo salvo cuando mi hermano Daniel tiene reuniones del comité. En la Farmacia le hacen bajar la persiana a él, porque los empleados temen descerrajarse una vértebra. Opinan que para eso tienen personal de seguridad. Apenas ve a mi padre cruzar la vía, el Salamín, nuestro perro, salta por la cerca y se aguanta el ladrido. Recién cuando está muy cerca de él, le ladra y mi padre le palmea el morro en señal de gratitud. "Buen perro", le dice, y a veces "Buen chico". Mi madre recalienta el minestrón y él cena solo iluminado por una lámpara de pie cuya luz crea un tono verdoso sobre todo lo que toca. A eso de las diez y media, él telefonea a mi hermana Paula y pide hablar con su nieta. Durante los dos últimos años, este es el único momento en que sonrío.

Mi madre comentó que mi tía Berta, la de Campana, está por abrir una boutique. Tal vez yo pudiera ir a ayudarla y comenzar allí una vida nueva. Me lo dijo porque hace dos días que faltó al trabajo. No me pasa nada malo, solamente siento cansancio. Cuando entra la luz del sol a mi cuarto, escondo la cabeza debajo de las sábanas y no salgo de ahí más o menos hasta las siete de la tarde. Mi madre amenazó con llamar al médico de la empresa. No tenemos médico; los empleados de McDonald's no tenemos sindicato; somos como huérfanos laborales.

Míster Talcott vino llorando por mi ausencia hasta la puerta de mi casa y me pidió matrimonio. Yo le comenté mi idea de abrir unos McDonald's en Lobería y en Azul pero él me hizo callar y me besó. Él me palpó los pechos con disimulo y frialdad, como un doctor. La palabra disimulo no está bien usada en este caso. Después me pellizcó la nuca. Alegó que porque él tenía la desgracia de ser casado, todas las mujeres de las que se enamoraba lo abandonaban luego. Era un abandonado, dijo. Era muy enamorado, agregó. Me hizo acordar a la letra de una canción mejicana de Jorge Negrete; tal vez ahora Míster Talcott se dedicara a aprenderse el repertorio de Jorge Negrete, pensé. Yo insistí en que podríamos huir a Lobería o a Azul y trabajar los dos en un McDonald's que atenderíamos. No sé por qué dije eso, porque él es la clase de tipo con el que yo no iría ni a la esquina. No arribamos a ninguna conclusión y acabó por irse cuando por cuarta vez me negué a subir a su auto. Después entré a mi casa por la ventana. Mi

hermano se me quedó mirando estupefacto como si yo hubiera sido un fantasma. Nada más pronuncié: “Okey, gracias”.

En París, hace poco menos de diez años, un empleado de McDonald’s llamado Eric Murphy, hechó veneno para ratas en el batido de americana. Aparentemente lo hizo para provocar un boicot en la empresa, sólo que el único que consumió el batido fue él y murió a la media hora. Ni la prensa ni la opinión popular pudo entender por qué el chico había hecho tal cosa: sólo un verdadero empleado de McDonald’s podría comprenderlo.

Ayer justo unos minutos antes de las once, fui a retirar mis cosas del local y me despedí de todos. Al principio pensé en decirles que me iba porque me había salido un trabajo afuera, en Australia, por ejemplo. Pero de Australia no sé nada además de que hay canguros y koalas. Esa no era mi noche para mentir; en realidad hace ya un buen tiempo que ninguna noche es mi noche por completo. Les dije que me iría a Campana, a trabajar con mi tía Berta. Creo que es lo que haré en cuanto descanse un poco. Cuando entré en el baño la Encargada estaba vomitando; se metía dos dedos en la garganta y devolvía la comida: aquello eran papas fritas, hamburguesas, pollo, y la ensalada del chef. Temí ofenderla y no me animé a ofrecerle ayuda; de lejos me llegaba la voz argentina de Míster Talcott (la palabra “argentina” tiene una aplicación muy ambigua en este caso) cantando “Buenas noches, Irene”: es una canción que no sé quién escribió mientras estuvo en la cárcel: posee una melodía conmovedora. Él mismo me acompañó hasta la puerta y se mantuvo a una discreta distancia, a la vez que me proponía subir a su auto por última vez para despedirnos sin rencores. Subrayó lo de “sin rencores”. Me quedé un momento junto a Míster Talcott detrás del vidrio de la puerta, observando a mis compañeros tomar los últimos pedidos y servirlos. Entonces tuve la certidumbre o bien algo muy semejante a la certidumbre, acerca de que la tristeza emanaba de los tubos fluorescentes, de allí descendía y nos cubría a todos como un manto. No era una clase de tristeza volátil, sino pringosa como el aceite que metíamos en la freidora, y todos estábamos impregnados con ella y a ella sujetos igual que pequeños insectos tiesos en una red y esperando a ser devorados. Dí un paso fuera; en el cielo una estrella bastante grande titilaba cerca de la luna; me pregunté si sería Venus o Marte porque yo no conozco nada de astronomía. Recordé la única canción que Míster Talcott inventó el primer año que llegó de Maryland directamente a trabajar en McDonald’s; decía: “Vuela, vuela lo más alto que puedas”. Okey, gracias.